

Le Pêle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

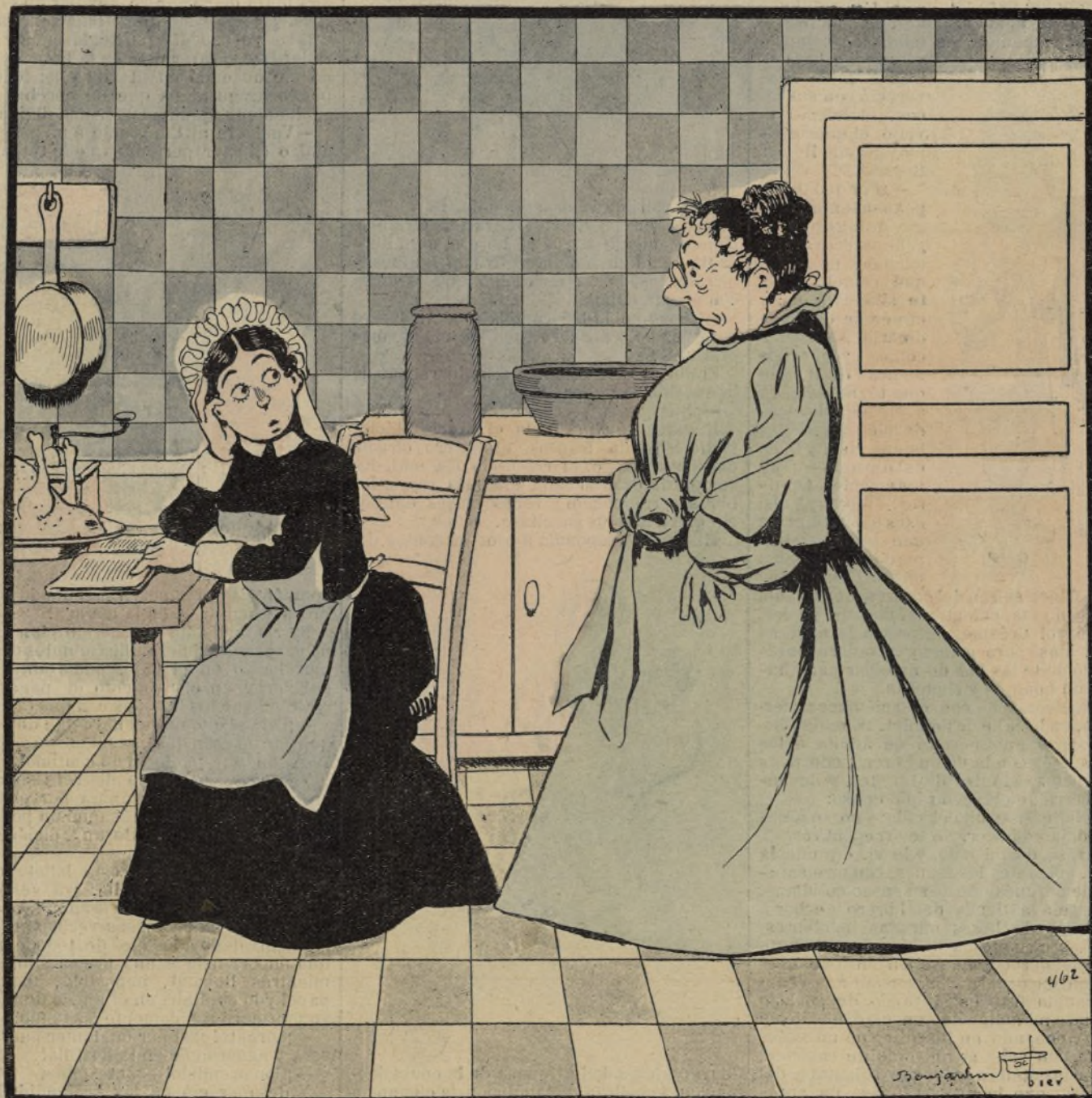
SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARÍS — 7, Rue Cadet, 7 — PARÍS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las subscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



— ¿Qué hace usted aquí leyendo? ¿Aun está por guisar el pollo?
— Me estoy enterando del modo de asarlo.

DEVANEOS JUVENILES

Cuando llegué á París por vez primera, veía el sol á través del aire diáfano en un cielo azul purísimo. No tenía yo más que treinta y siete sueldos por todo capital y sólo vagamente entreveía la posibilidad de reponer el contenido de mi bolsillo, una vez que las necesidades inherentes á la vida lo hubiesen dejado exhausto.

Porque además de que la costumbre de comer remonta á la más apartada antigüedad, resulta una de las más necesarias, y á buen seguro que con mis siete reales y pico no había de poder yo regalarme toda la vida con Borgoña añejo ni nutrirme con bistecs copiosos y succulentos.

Y como al siguiente día me encontrase, naturalmente, sin techo ni pan, la Providencia acudió en auxilio mío permitiéndome trabar conocimiento con un hombre que aún venero hoy como gran maestro y segundo padre que fué para mí, hombre de grandeza de miras, de alma ardiente, de poderoso é inagotable ingenio, á quien llamaré siempre,

y conmigo los demás á quienes favoreció con sus luces, el bueno, el viejo, el queridísimo y grande Héctor Boyaud.

—¿Por qué te aflijes así, tontuelo?— me preguntó.— ¿Que careces de domicilio y no tienes qué comer? Pues tu situación nada ofrece de extraordinario. A docenas conozco yo jóvenes menos ricos aún que tú, atendiendo á que todavía estás de buen ver, tienes buena vista y buen estómago— ¡inapreciables tesoros!—mientras que esos pobres diablos que te digo, han perdido ya, quién un brazo, quién una

pierna, ó bien sufren del corazón, del hígado, ó padecen gota, calenturas, mal de piedra, ¡qué sé yo! Créeme, desprecia la adversa suerte, mas, para comenzar, quiero enseñarte cómo te las has de arreglar para hacerte con honores y riquezas.

Tenia efecto esta conversación, me acuerdo bien, en la calle de Soufflot. Mi amigo Boyaud, lanzó una mirada de águila á las tiendas, fijóse en la de un librero, adornada con repletos estantes de libroles, y llevándose cerca de ella con rápido paso:

—¡Cállate—me dijo al oído;—no te muevas, y déjame hacer. No te arrepentirás.

Separóse de mi lado, y le vi, erguida la cabeza, colgantes las manos, con aire satisfecho de burgués que da su paseo cotidiano, acercarse á la tienda del librero y echar á las hileras de libros miradas indolentes. Una inspección rápida le hizo descubrir un Littre casi del todo nuevo, en cinco volúmenes bien encuadernados, puesto á la venta por ochenta francos. Mirando de soslayo aseguróse mi amigo de que el dueño de la librería, ocupado en discutir con un señor viejo, (quién sabe si un tonto de capirote, dada la insistencia con que solicitaba del anticuario que le proporcionase un autógrafo de Homero) no prestaba atención alguna á lo que sucedía en la calle. En esto é inclinándose sobre los volúmenes, Boyaud los acarició, los sompesó, y de pronto, con

movimiento sublime, por lo natural y vertiginoso, fué y se los colocó bajo el brazo.

—¡Buena presa!—dije para mí, embotada como tenía la delicadeza por más de veinticinco horas de forzoso ayuno;—pero si le han visto y le persiguen, está perdido!



Mas, con gran sorpresa mía, Boyaud no pensaba en huir. Al contrario, dirigióse tranquilamente hacia el librero, que, libre ya de aquel viejo mentecato con quien altercaba, escuchó á mi amigo que le decía con mucha calma:

—Tengo un Littre completamente nuevo para vender, caballero. ¿Quiere usted comprármelo?

El librero, con sólo una mirada, reconoció la excelencia de los libros.

—¿Por qué no?—respondió.

Regatearon en seguida el precio. Héctor pedía sesenta francos, el librero ofrecía cuarenta y cinco. El comercio iba mal, los compradores eran cada día más raros, los libros permanecían á veces meses enteros sin que nadie los solicitase.

Mi amigo respondía á esos lamentos del



librero alabando la riqueza de la encuadernación, la belleza de la edición, la elegancia de los volúmenes. Yo, durante aquella venta inaudita, sentía que el sudor me inundaba de pies á cabeza, y cuando por fin se arreglaron en cincuenta francos, tuve apenas

fuerza de cogerme del brazo de Héctor, el cual con la mano en la faltriquera sonante ahora, se echó á correr apenas doblamos la primera esquina, no parando hasta la plaza de Saint-Michel.

Aquellos cincuenta francos duraron lo que las rosas. Algunas alegres cenas los devoraron de prisa y corriendo. Yo me había formado ya en la escuela de mi ilustre amigo y podía en adelante volar con alas propias. Aun me acuerdo de haber inventado una tramoya que le dejó admirado, y como este recuerdo es uno de los mejores de mi vida, no puedo resistir al deseo de contarloslo.

Un día que me apretaba el hambre, encontré á mi amigo Boyaud, que, impelido por tristes circunstancias y quién sabe si con la secreta esperanza de pescar algo gordo, había momentáneamente aceptado una plaza de camarero auxiliar en el Riche Café. ¿Fué la vista de su blanco delantal, ó estaba yo ese día particularmente inspirado? Lo ignoro, y esta es la hora que aún no me he dado cuenta de ello; lo que sí puedo asegurar es que mi cerebro quedó súbitamente iluminado por una divina idea.

—Vuélvete al Café—dije á mi maestro y amigo (Héctor permitía que le tutease)—y



compóntelas para servirme cuando me veas llegar y sentarme en la terraza.

Barruntando algún soberbio plan, Boyaud no parpadeó siquiera. Diez minutos después, entraba yo en el Café, pedía un sherry-gobbler, y, en el momento de pagarlo, registrándome los bolsillos con afectación:

—¡Esta sí que es buena!—dije de manera que me oyese las personas que estaban cerca de mí;—¡no llevo un céntimo!

Y en seguida, con la discreta sonrisa de un hombre que no se apura por encontrar dinero, abrí mi cartera, saqué un pedazo de papel y lo entregué á Boyaud, diciéndole en alta voz:

—Toma, muchacho, este billete de mil francos; tráeme la vuelta; ¡ya ves que lo sobrante es mucho para propina!...

Sonrieron en las mesas vecinas; el billete me había dado á los ojos de todo el mundo una importancia y una gracia sublimes. Y mientras Boyaud, impasible, tomaba el papel y lo ocultaba en el hueco de la mano, yo murmuré rápidamente á su oído:

—¡Lárgate! ¡Sal por cualquier puerta trasera y aguárdame en la Bastilla!

—¡Comprendido!—contestóme.

Y desapareció en las profundidades del café.

Aguardé cinco minutos, diez, removiendo tranquilamente la dulce bebida helada. Al cabo de un cuarto de hora, empecé á dar

inequívocos signos de impaciencia y de contrariedad. A los veinte minutos, lancé un sonoro «¡Mozo!» que hizo retemblar los cristales.

Acudió un camarero.

—¡No usted, su compañero... aquel alto... de los cabellos negros! ¿Qué hace? Estoy cansado de esperar que me traiga la vuelta!

El camarero se dirigió apresuradamente en busca de Boyaud. Inútil es decir que no lo encontró. Entonces alcé la voz.

—¿Se estaban burlando de mí? ¿Por ventura se figuraban que había de pasar allí toda la noche y que no tenía otra cosa que hacer sino esperar á que los mozos del Café se les antojase...

El dueño acudió al oír el alboroto, y quiso enterarse del caso.

—¡Mi billete, mi billete! —grité furiosamente;— ¡que me devuelvan mi billete de mil francos!

Todo el mundo perdía la cabeza, corría, gritaba, llamando á Boyaud. Armé un verdadero escándalo.

¡Aquello era un robo, un golpe premeditado! En torno, los consumidores salían en defensa mía, pues mi fortunón aparente me captó todas las simpatías. Y como yo amenazaba con trágico acento con llamar á la policía, el dueño del Café se desesperaba, y sin duda temiendo la deshonra de su nombre y el menoscabo del crédito de su establecimiento, veía ya á los parroquianos huir á la desbandada; así es que procuró apaciguarme. Me reintegrarían en el acto el importe del billete; había sido una equivocación, un accidente; al mozo le había dado un síncope. Y el propio dueño, obsequioso, vino por sí mismo á entregarme los mil francos, un hermoso y flamante billete, nueve-cito, suplicándome que aceptase, por vía de excusa, el precio de mi sherry-gobbler. Y abandoné el Café, siendo objeto de la consideración general.

Apenas había transcurrido una hora de este suceso, cuando ya Boyaud y yo gastábamos regocijadamente parte de la suma ante una opípara comida. Fué una tarde soberbia aquella que pasamos, y me lo ha parecido luego tanto más, cuanto que hoy me veo en la imposibilidad de celebrarla nuevamente, ocupado como estoy todo el día en fabricar higiénicos calzados de orillo para nuestro excelente gobierno, el cual, en recompensa, consiente en proporcionarme alimento, calor y estancia en uno de los presidios nacionales, en Fresnes-les-Rungis (Seine-et-Oise).

C. G. R. SANDRÉ.

- ¡Pero, Dios mío! ¿Qué estúpido soy!
- Es verdad.
- ¡Caballero, es usted un impertinente!
- ¿Por qué lo confiesa usted mismo?
- Es que lo decía sin pensarlo.
- Pues yo lo pensaba sin decirlo.

—oo—

Dos amigos se encuentran en los baños de mar.

—Eres un hombre sorprendente—dice el uno:— ¡siempre, siempre el mismo!

—¿De veras?

—Sí, hombre, sí: por ti no pasan los años. Hasta conservas toda la calva.



El baño del Ministro

EL MINISTRO. — Á ver, enséñeme usted mi retrato.

— ¡Qué contrariedad! ¡Está usted desconocido! Ha permanecido usted demasiado tiempo en el baño.



Suplantación desagradable

(Antoñito escribe á su novia) — «No te apartas de mi pensamiento un solo instante. En el momento en que te escribo, me forjo la ilusión de tenerte ante mis ojos.»



¡No valía la pena!

— ¡Cualquiera diría mirando á esos ingleses, que la visita del soberano británico hubiese unido ambos países con lazos de amistad!
 — ¿Por qué dice usted eso?
 — ¡Hombre! ¿pues no ve V. cómo siguen enseñándonos los dientes?



EL BATA. — Hace una hora que busco la Bolsa, y no logro dar con ella.

— Siga usted adelante, caballero; la encontrará á mano derecha.



El reloj del cochero de fiacre

— ¿Qué hace esa maldita carraca que no avanza? ¡Y eso que mi mujer lo ha puesto á la hora! ¡A la carrera es como debía haberlo puesto para hacerle andar aprisa!

La virtud en el siglo XX

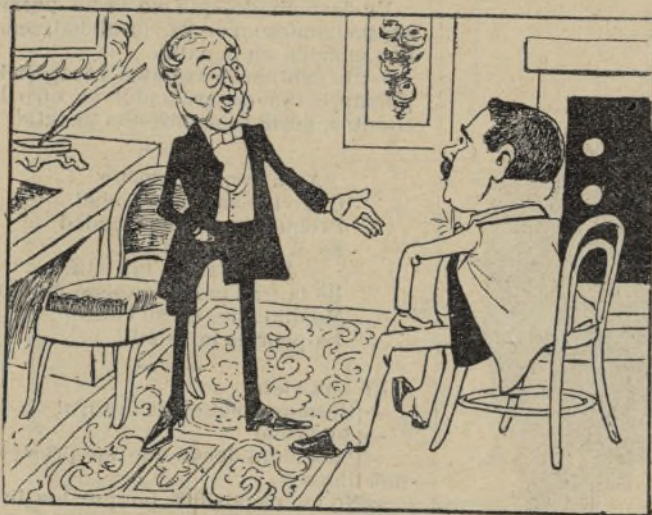


— Señor ministro; vuelvo de las colonias, donde he conseguido hacer fortuna, y me encuentro con que en mi provincia hay una infinidad de ancianos sin asilo; así es que vengo á poner á disposición de usted dos millones para edificar un hospicio.



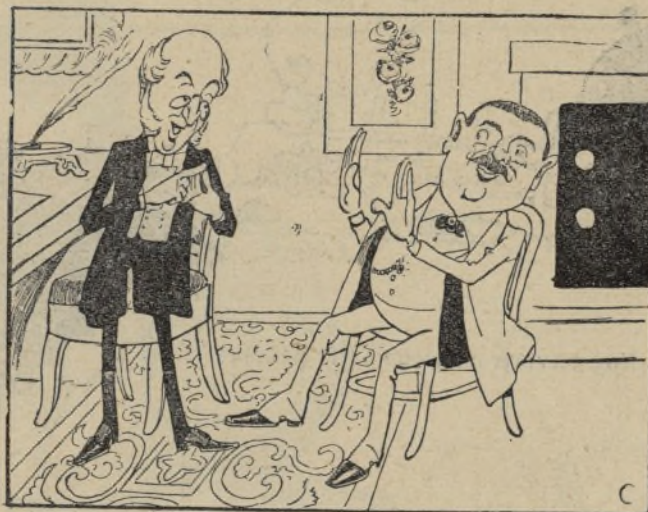
— ¡Generosa idea! Crea usted que en las próximas elecciones tiene usted aseguradas todas las probabilidades de ser elegido.

— ¡No, si no quiero ser diputado!



— Bueno, pues entonces tenga la seguridad de que á la primera promoción, se le concederá á usted la cruz de...

— No, no necesito cruz alguna... ¡sobre todo, no habiendo hecho nada para merecerla!



— En ese caso, una distinción académica, una condecoración... un título...

— ¡Psch! ¡me río yo de los títulos y de las condecoraciones!



— ¡Qué diablo de hombre, caramba! Pues lo menos es que los periódicos, al tener noticia de su generosa donación, pongan el nombre de usted por las nubes.

— ¡Eso sí que no! No quiero que mi nombre suene para nada en el asunto.



— ¡Canario! ¿Conque lo rehusa usted todo?... Pues entonces, ¿para qué diablos da usted esos dos millones?

¡El nuevo crimen! (ó la broma del estudiante.)



— ¡Cielos! ¡una cabeza cortada!



— ¡Voy á avisar corriendo á la policía!

Un agente de matrimonios ha hecho la siguiente observación acerca de las mujeres á quienes se les propone marido:

—¿Cómo es?—dicen las chicas solteras.
—¿Qué posición tiene?—preguntan las viudas jóvenes.
—¿Dónde está?—gritan las viudas maduras.

—oo—

—¡Papá, papá!—decía un muchacho;—me regaló esta mañana mi tía un bollo, y ¿qué dirás que ha pasado?

—Toma, ¿qué ha de haber pasado? que te lo has comido.

—No; lo que ha pasado es que un perro me lo ha quitado de las manos.

—oo—

Entre dos amigos:

—¿Por qué no te casas, Ramón?

—Porque impongo condiciones.

—¿Cuáles?

—Quiero que mi mujer sea guapa, rica y estúpida. Si no es rica y guapa, no la acepto, y si no es estúpida, no me aceptará ella á mí.

—oo—

—¿De qué está cubierta tu casa?

—De tejas. ¿Y la tuya?

—De hipotecas.

—oo—

Un desdichado, que se creía perseguido continuamente por la fatalidad, encontró una moneda en la calle.

—¡Un céntimo!—exclamó recogiéndola.—
¡Siempre tan desgraciado! ¡Si otro lo encuentra, sería lo menos una peseta!

—oo—

Á un famélico doctor
Que vive en mi vecindad,
Pregunté qué enfermedad
Es, á su ver, la peor.

Y él, que tiene la virtud
De la franqueza, aunque inepto,
Me dijo que, en su concepto,
La peor es la salud.

—oo—

En una vista.

—¡Hermosa biblioteca la tuya!

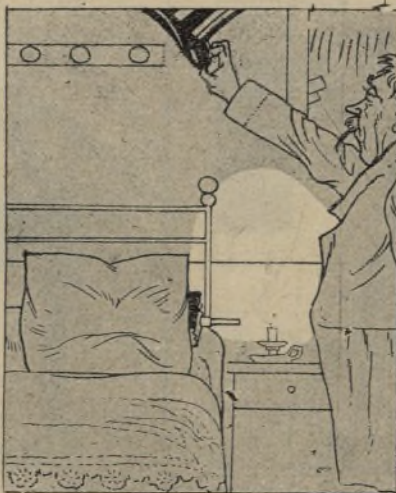
—¡Soberbia!

—Pues bien; deseo que me prestes algunos libros.

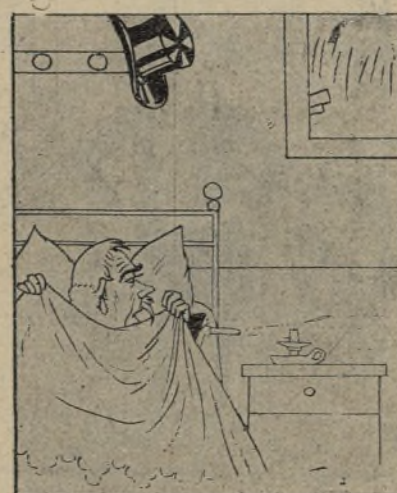
—No me es posible, porque los libros no se devuelven nunca. En prueba de ello, todos los que ves ahí son prestados.



— Á mi marido se le olvida siempre apagar la luz; pero con este fuelle...



... la apagará...



... por sí mismo.

Distracciones veniales



EL SEÑOR DE CALABACÍN. — ¿Qué te parece mi nueva campana para los melones?



LA SEÑORA DE CALABACÍN (*distruida*). — Me parece que te viene algo justa.



— No tema usted, señor oso, que no quiero hacerle ningún daño. Estoy ojeando una liebre

—Pruebe usted este vino, que es de mi cosecha.

El invitado lo prueba, y hace un gesto de disgusto hartamente expresivo.

Y dice el cosechero:

—¿No le gusta?... Pues para comer, no hay otro igual.

—Para comer, es posible; pero para beber...

Un quídam, juzgando un día
A diversos escritores.

Dijo:—A los malos autores

Al mar los arrojaría.—

Aun bien no acabó de hablar,
Exclamó Pedro del Río:

—Bueno será, amigo mío,
Que usted aprenda á nadar.

R. Cula.

—¿Está el señor vizconde?

—Sí, señora.

La recién llegada recorre toda la casa y no encuentra al amo.

—¿No me ha dicho usted que estaba en casa el señorito? No lo veo por ninguna parte.

—Es porque ha salido. Pero me tiene dicho que para usted siempre está en casa.



En el campo

— ¡Si será zoquete este pintamonas! ¡Á qué se pone á copiar esta vieja choza, pudiendo tomar por modelo la casa del señor Alcalde, tan flamante y nuevita!



Espiritu de imitación



— Dicen que los ríos nunca remontan su curso... Es verdad, y también les suele suceder esto á los peces... hoy no logro remontar ninguno.

Fué un tartamudo á comprar una jaula, y al llegar á la tienda, preguntó á uno que estaba en la puerta:

—Dí... dí... dígame usted, a... mi... migo: ¿vi... vive aquí un jau... jau... jau...?

—No señor — interrumpió el otro, — aquí no vive ningún perro.

Entre porteras:

—Oiga usted, Francisca: ¿qué hace usted cuando le ofrecen un duro de propina?

—Digo casi toda la verdad.

—¿Y cuando le ofrecen dos?

—Entonces digo la verdad entera... y algo más.

Hablándose en un corro acerca de una señorita muy linda y muy parlanchina, preguntáronle á uno qué cosa admiraba más en ella:

—Lo que más me admira — dijo — es que tanta lengua quepa en tan poquita boca.

—¿Conque es verdad que ha cumplido usted treinta y cuatro años, Elvira?

—¡Yo treinta y cuatro años! ¿quién lo ha dicho?

—Su mamá.

—¿Y qué sabe mi mamá?

Unos recién casados viajan en compañía de sus padres.

—Señora — pregunta el yerno á su suegra — ¿le molesta á usted que yo fume?

—De ningún modo, hijo mío.

—Pues entonces, no fumo.

En Suiza.

Al llegar á cierto paraje, el cochero vuelve la cara y dice á los viajeros:

—Desde este punto, el camino no es practicable más que para las mulas. Por consiguiente, suplico á ustedes que abandonen el carruaje y continúen la marcha á pie.

A una señora muy charlatana se le caían los dientes.

Un médico explica el fenómeno diciendo: —Se debe á las continuadas coces que arrima á su dentadura con su lengua.

Un jefe de negociado vuelve de tomar aguas, y sus subalternos se apresuran á darle la bienvenida:

—Reciba usted nuestra más sincera felicitación, le dicen, por los excelentes efectos que los baños han producido en su salud.

—Gracias, señores... muchas gracias. Confío en que ustedes redoblando su asiduidad en el trabajo, lograrán ganar el tiempo... que yo he perdido.

En una tertulia.

Hablando de inventos decía uno de los presentes:

—¿Qué me dice usted de la emmencita y de la gelvita?

—¿Qué es eso?

—Dos substancias todavía más explosivas que la dinamita y la melenita.

—Es singular — exclama entonces Gedeón — que todo lo explosivo acabe en ita, como mi mujer.

—¿Pues cómo se llama su señora esposa?

—¡Margarita!

En casa de un dentista:

—Me puso usted, hace pocos días, una dentadura...

—Sí señor, lo recuerdo.

—Pues bien, esos dientes me causan un dolor horrible.

—¡Ah, ya lo creo!... hasta en eso imitan á los naturales.

Nada tan malo encontraba Como una mujer Antonio Y está sujeto á la octava Coyunda del matrimonio.

—Si no es tu odio una quimera

¿Para qué son tantas bodas?

—He muerto siete, y quisiera Ver si acababa con todas.

En un restaurán:

—¡Mozo!

—¡Señorito!

—Esta merluza está mala.

—Pues mire usted, no se ha quejado en todo el día.

En una agencia de colocaciones:

—¿Tiene usted colocación para mí?

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

—¿Le conviene á usted de jardinero?

—¿Cómo ha de convenirme dejar dinero? Lo que yo necesito es que me lo den.

Suplicando Perilo á Alejandro Magno que le ayudase á formar el dote de su hija, mandó el emperador que le entregaran cincuenta talentos.

—Me basta con diez, señor — le dijo aquel hombre sorprendido.

—Basta para Perilo, — le replicó — pero no para Alejandro.

Matilde acaba de enviudar.

El día del entierro, revibe el pésame de sus amigos. Una señora la abraza con emoción y le dice:

—¡Pobre amiga mía! ¡Y pensar que no tenía usted más marido que ese!

En una casa lujosamente amueblada:

—¿De qué animal es esa hermosa piel que está delante del sofá?

El amo, con petulancia:

—¿De quién ha de ser? ¡mía!

Catilina echaba en cara á Cicerón su obscuro nacimiento.

—Convengo en ello — replicó Cicerón — pero si mi nobleza empieza en mí, en ti acaba la tuya.

Cierto filósofo pitagórico tomó de fiado un par de zapatos. Cuando fué á satisfacerlos encontró cerrada la tienda por muerte del zapatero. Por el momento sintió secreta complacencia en quedarse con el dinero y los zapatos; mas luego experimentó punzantes remordimientos. Reflexionó sobre su injusticia, y volviendo á la tienda, metió el dinero por debajo de la puerta, diciendo:

—¡Este hombre, muerto para los demás, vive todavía para mí!

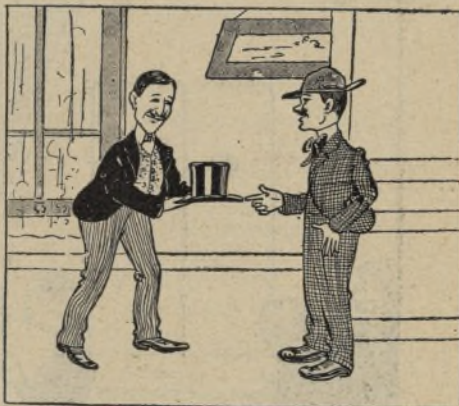
—¿Qué demonche tiene usted con esa cara de «memento homo?»

—¿Qué he de tener! Una maldita muela...

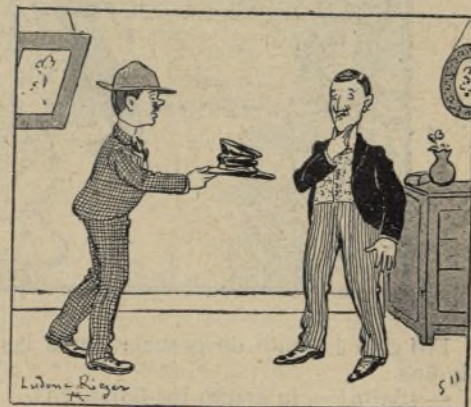
—¡Hombre! pues yo tengo quince, y sigo tan fresco.



—Querido: tengo que concurrir á una reunión de etiqueta, y vengo á pedirte que me prestes tu sombrero.



—Te agradezco muchísimo este favor, y ten por cierto que te lo devolveré en otra forma.



Y en efecto... se lo devolvió de otra forma.

Salvamento emocionante



« Fifi está á punto de perecer entre las llamas.

— ¡Salta! — le gritan los bomberos.

— No puedo; me da vértigo. ¿Y si me rompía la cabeza?

Á un experto agente le ocurre entonces pedirle prestado á un hombre del corro el rimero de cajas de cartón que lleva en hombros. Fifi se tira de cabeza en aquel tubo...

Y sano y salvo llega al colchón salvador, exclamando sonriente: «¡Esto es lo que se llama hacer una tortilla con sombreros!»

En el campo:
Un caballero y un campesino se encuentran.

—¿Cómo te llamas?—pregunta el primero.
—Como mi padre.
—¿Y tu padre?
—Como yo.
—Bueno, pero, ¿cómo te llaman á la hora de comer?
—No me llama nadie, porque siempre acudo el primero.

Diálogo.

—¡Oye! Este es el momento más oportuno para que le pidas mi mano á papá.
—Pues parece estar de muy mal humor.
—Por eso mismo: se ha enfadado mucho por la cuenta que le ha presentado la modista, y se alegrará mucho de no tener que pagar otra.

En la esquina del Suizo.

—¿Usted es de Sevilla?
—No, señor.
—Pues entonces somos paisanos.
—¿Por qué?
—Porque tampoco yo soy de allí. ¿Tiene usted dos pesetas?

Preguntado el poeta Polixenes por qué en sus tragedias pintaba á las mujeres malas, mientras que Sófocles regularmente las pintaba virtuosas:

—Sófocles—respondió—pinta las mujeres cuales deberían ser, y yo las pinto cuales son.

Escuela de tiro.

Un soldado dispara muy mal, sin dar nunca en el blanco.

El capitán instructor le llama «animal», le quita el arma y le dice:

—Pedazo de estúpido, ahora te voy á dar una lección.

En efecto apunta y hace fuego pero la bala tampoco da en el blanco.

El capitán, volviéndose hacia el soldado, exclama:

—¡Así es como tú tiras, idiota!



—¡Tenga usted cuidado! He obtenido un primer premio como boxeador.
—¡Tanto me da! Yo obtuve otro en las carreras á pie.

Hallándose el célebre y opulento Lúculo solo en su casa, le sirvieron una comida moderada.

Llevólo muy á mal y reprendió por ello á sus criados.

—No creía yo—le dijo su mayordomo—que fuese necesaria una comida suntuosa, no habiendo convidado alguno.

—Pero, debieras saber—replicó aquel fastuoso romano—que Lúculo había de comer en casa de Lúculo.

Lamentábase un padre de las tonterías de su hijo.

—¿Por qué no le sermoneas con energía?
—le dice un amigo.

—Porque no hace caso de reflexiones; no escucha más que á los necios.

—¿Quieres que yo le hable?

Juicio de faltas.

El juez municipal impone una multa á un caballero por haber llamado bestia á una señora.

—¿De manera que no se puede llamar bestia á una señora?

—No, señor; y por eso se le impone á V. la multa.

—¿Y me multarán también por llamar señora á una bestia?

—No, señor.

—Pues entonces... señora, estoy á los pies de usted,—le dice á la demandante.

Y se va muy tranquilo.

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Mi primera existe en ti;
Sin mi dos, no fuera nada:
Soy todo des que te vi...
¿Adivinas la charada?

ADIVINANZA

Hermanos somos,
Juntos andamos,
Y un pie cada uno
Sólo llevamos;
Y en los combates
Y en los caminos,
Son siempre iguales
Nuestros destinos.

ENIGMA

Nombre tengo que socorro
Porque doy consejo cierto;
Por mí, contigo habla el muerto;
Los mares y tierras corro;
Para saber, tenme abierto.

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA.—Casado.

ENIGMA.—Mano.

ADIVINANZA.—Calendario.

Imprenta de Henrich y C.ª en eta.—Barcelona



Entrevista modernista — ó que se pierde de vista

LA HERMANA MAYOR.—¿Ves? Aquel que ha pedido tu mano es el chauffeur de la derecha. ¿Qué tal te parece?

LE PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

BIBLIOTECA de Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno.
Amor y Pedagogía.

J. Martínez Ruiz.
La Voluntad.

Antonio Zozaya.
La Dictadora.

Timoteo Orbe.
Guzmán el Malo.

Dionisio Pérez.
La Juncalera.

Rafael Altamira.
Reposo.

Pío Baroja.
El Mayorazgo de Labraz.

Emilio Bobadilla (Fray Candil).
A fuego lento.

José del Cacho.
Heces y Espumas.

Ernesto López (Claudio Frolo).
Esau.

Arturo Campión.
La Bella Esau.

Luis López Allué.
La Enramada.

Ramiro de Maeztu.
La Mujer fuerte.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.^a, Editores
BARCELONA

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin **L'ART DU BIEN MANGER**

Fórmula inédita de + Indicaciones para el servicio de los vinos.
los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de las carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

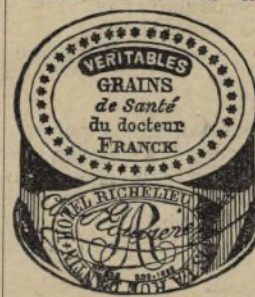
RECETAS DE LAS COCINAS.

Inglesa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.^o mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

VERDADEROS GRANOS de SALUD



del Dr. FRANK
Un siglo de clientes, por todo el mundo!
Contra el ESTREÑIMIENTO y sus consecuencias: Inapetencia, Jaqueca, Embarazo gástrico, etc.
EXIGID SIEMPRE los VERDADEROS, con Etiqueta en 4 colores, análoga a la del margen, y el Nombre del Dr. FRANK sobre cajas azules, cuyo fac-símil damos también al margen.

11.50 1/2 caja (50 gr) 3 f. caja (105 gr)
Es el mejor, el más cómodo y el más barato de los Remedios.
A cada caja acompaña una instrucción detallada.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

LUSTRE NUBIAN
Se emplea sin Cepillo.
Aplicándolo una vez cada quince días revivirá el calzado impermeable conservándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo.
De Venta en todas partes. — Exíjase el Nombre y la Marca.
Para calzado de color pidase la "YOUNG'S CREAM"
C NUBIAN, 126, Rue Lafayette, París.

No empleéis sino las **PLACAS JOUGLA** Y PAPELES

CAZADORES A 30 metros, sin fuego, ni humo, ni ruido.
Toda clase de piezas, con perdigones o con bala.
Presión muy fuerte desde 12,50 Pcs.
INSTANTANEO — 18,50 y 22,50 Pcs.
MATA-GORRIONES — a 4 francos y a 6,50 Pcs.
(Armas nuevas depositadas) Cat. 6ta y Pcs.
RIGAUD, inv. fabr., 26, r. du Temple, PARIS.

CASA PARA VENDER
en San Andrés de Palomar — Barcelona
Valor: 5000 pesetas.
DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN
Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA